

Carlos gustaba de hacer aquel extraño ritual cada dos meses en los fosos de los huecos de los ascensores. Hacía quince años que era técnico de mantenimiento, aunque a él le gustaba decir, que su labor era preventiva y correctiva sino delicada en la atención de urgencias y con la no menos importante relación con los clientes de las comunidades de vecinos, con los que trataba de crear siempre, un clima de complicidad y colaboración.

Era el segundo año de pandemia y aunque se esforzaba en seguir intentando mantener ese trato amable con la gente, todo rezumaba ahora un clima de desconfianza general cuando lo encontraban inspeccionando la seguridad de las puertas y maquinarias. Parecía molestar allá donde fuera y aunque lo cierto es que también encontraba gente con una simpatía natural, la obligada distancia social parecía crear una burbuja invisible a su alrededor.

Aquel edificio del centro de Valencia, lo conocía bien por la dificultad que le ofrecía en los accesos a los huecos de los elevadores, pero tras unos complicados pasos, logró abrirse paso en el primero de ellos. Había bloqueado, como siempre, el ascensor en el piso superior por lo que sintió una relativa seguridad. “en peores garitas he hecho guardia” -pensó para sí, y es que justo aquella máquina, en ocasiones parecía tener vida propia. Puso los pies en lugar seguro y se sacó la mascarilla para poder respirar mejor en aquel oscuro lugar.

Aquella particular liturgia bimensual, consistía en recoger de los más profundos fondos de los ascensores en las comunidades, las llaves extraviadas por despiste o descuido, algún que otro móvil y multitud de monedas. Esos eran los objetos más habituales, que luego eran devueltos ante la mirada de sorpresa y agradecimiento por igual, de los damnificados propietarios, toda vez que muchos desconocían el lugar donde los habían perdido.

Recordaba casos como aquel delicado collar de oro que encontró cubierto de suciedad, el cual entregó a la policía días después de un robo, en el que el ladrón debió de salir disparado dejando atrás parte de su botín cayendo por el hueco del ascensor. También sonrió pensando en aquellas dentaduras postizas, pero en ningún caso llegaría, o eso pensaba él, al motor de un avión Wright R-2600 que el 28 de julio de 1945, apareció en la parte inferior de un hueco de ascensor en el Empire State Building... “aquello era algo insuperable” -pensó.

Aquel recio hombre con la cuarentena ya cumplida, saltó al foso con su linterna dispuesto a ser de nuevo el bienhechor de alguien. No pareció detectar ningún objeto a simple vista, lo cual le disgustaba siempre después

de un complicado acceso. Como la densa capa de polvo del suelo no había sido limpiada por la comunidad desde hacía bastante tiempo, arrastró los pies tratando de escuchar alguna moneda o llaves sueltas y sintió que algo se movió por el suelo, aunque su ruido no era metálico, no había duda de que había dado con algo. Una punta de papel gris asomó entre la suciedad al intenso resplandor de su foco. No pudo cogerlo con sus anchos guantes de seguridad y tras decidir quitarse el derecho, sujetó aquella arista entre dos dedos para extraerla a la luz.

El papel estaba toscamente plegado varias veces y al sacudirlo, los tonos de gris fueron ganando en claridad. Carlos desdobló la lámina que se encontraba algo dañada en sus bordes, pero inalterada e indemne en el texto que contenía escrito, tal vez aquello no fuera gran cosa, pero parecía escrito a mano apuradamente y su corazón se aceleró al observarla.

No pudo permanecer en el foso por más tiempo, repuso su mascarilla y trepó ágilmente hasta fuera, reactivó el ascensor, comprobó su perfecto funcionamiento y salió al zaguán con premura.

Volvió a mirar el escrito que había encontrado y reconoció una carta que empezaba con una línea donde un saludo decía;

*Querida hija:*

Observó que no estaba dirigida a ningún nombre concreto, por lo que decidió seguir leyendo para localizar a la destinataria.

*Me voy sola en esta camilla y sin fuerzas en mí. He podido escribir para decirte que te quiero con locura como solo una madre sabe querer a su hija. Ahora que este maldito virus parece que ya no me quiere permitir respirar más en casa...*

Carlos notó una gota seca que ensanchaba las letras y había deformado el papel por donde pasaban en ese momento sus ojos

*...y que parece que la muerte inexorable me separará de ti, desearía poder darte y recibir mi ansiado beso de todas las noches.*

*Decirte que allá donde vaya, nadie nos podrá separar. Espero que recibas esta carta, mi despedida, con mi último aliento, una vez te hayas recuperado.*

*Con mi amor de madre.*

L.

En la esquina superior izquierda, rudamente escritos y exageradamente grandes, estaban los números 14/3/2020

Carlos reconoció a la autora sin duda, se trataba de Lucía, una luchadora sin igual que vivía en el tercero, toda su vida había derrochado su energía para sacar adelante su familia. Vivía sola con su única hija Loly, de unos veinte años que le dijo en una ocasión que estudiaba psicología en la universidad. Lucía había fallecido hacía casi un año ya, por causa de la maldita enfermedad del covid. Fue justamente el día que fue trasladada al hospital, uno de aquellos en los que Carlos, había venido a poner al día las paradas en aquel viejo ascensor y pudo ayudar a dos enfermeros a bajar a aquella mujer de pelo y ojos claros, cubierta salvo su rostro en camilla desde su piso. Su hija había sido ingresada previamente hacía algunos días, también por el mismo motivo.

Lucía había quedado sola en su casa, sin poder ir a acompañarla.

Unos vecinos le contaron que falleció camino del hospital ese día y que su hija Loly, creían que también unos pocos días después, pero que las dificultades en esas jornadas, no les dejaron por desgracia a los amigos y vecinos ninguna posibilidad de acompañarlas en su trágico final.

Carlos se sobrecogió al pensar que aquella mujer en sus últimos momentos había tratado de despedirse en vano de su venerada hija. Su mente pensó que, cual mensaje en una botella, el destino le hacía conocedor de un hecho, de un deseo que no le correspondía, o tal vez sí, porque esa carta debió de caérsele al pasar por las puertas del ascensor desde la misma camilla y eso sin duda significaba que ese mismo destino le había encontrado a él.

Pensó que ni Lucía ni Loly, estaban ya entre nosotros y por un momento recapacitó profundamente que hacer con aquella carta. Echó un vistazo a sus nombres completos en el buzón y su mente entrelazó rápidamente un plan. Abrió el navegador de su móvil y buscó la aplicación del ayuntamiento de la ciudad donde con tan solo el nombre te indican el lugar de descanso eterno en los cementerios de la ciudad. Lucía efectivamente falleció el 14 de marzo de 2020, aquel sábado del año anterior, en el que se decretó el Estado de Alarma, pensó y su hija Loly o Dolores según la web municipal, lo hizo igualmente el mismo día. Su sangre se heló pensando en el triste y entrelazado destino de ambas.

Un mapa en su móvil, le indicaba que el Cementerio de Campanar era su lugar de descanso y anotó el lugar exacto del nicho y el horario de apertura. Era jueves y hoy estaría abierto hasta las seis de la tarde.

Carlos miró su reloj en el móvil y se reconfortó al ver que disponía de tiempo suficiente todavía. Salió del edificio y subió a su furgoneta, llamó a su coordinador y se excusó con la falta de materiales para efectuar una reparación, cuando le autorizaron a desplazarse a su central de logística, arrancó el vehículo decidido a hacer un alto en aquel camposanto al noroeste de la ciudad. Atravesó la ciudad carente de los habituales cortes de tráfico de marzo que provocan las fallas y acelerando más allá de los límites permitidos alcanzó su destino con rapidez.

Su corazón palpitaba con fiereza en su cabeza cuando aparcó en las proximidades de la calle peatonal que permitía la entrada al lugar. Como no era excesivamente grande, se orientó con facilidad por los pasajes interiores. Hubiera sido peor en el Cementerio General, pensó, pues a pesar de obtener los mismos datos de la web municipal, más de una vez se había perdido buscando los nichos de sus abuelos.

Reconoció las dos lápidas juntas con solo ver las pequeñas fotos de ambas, Observó con cortesía aquellos rostros que había visto durante tantos años en aquel edificio. Le gustó pensar que reposaban finalmente juntas y que al final Lucía podría decir que seguía cumpliendo ese compromiso eterno del amor de madre.

Se inclinó sobre las pequeñas lápidas de columbario, sin duda habían sido incineradas por su mortal enfermedad, y descubrió un pequeño hueco entre ambas. Sin dudarlo sacó el mensaje que guardaba entre sus manos, y lo depositó allí doblado, tal como lo encontró, con cariño entre ambas. El mensaje de la botella a la deriva había llegado a su puerto -pensó.

Mientras se alejaba de allí para completar su jornada de trabajo, a Carlos le pareció escuchar a su espalda un sonido delicado, un sonido como el que una madre hace cuando da un beso de buenas noches a su hija.